

Diablotexto

Digital



**¿Qué es la maternidad? Gestación y crianza en
*Esta herida llena de peces***

***What is motherhood? Gestation and raising in
Esta herida llena de peces***

**MARÍA ALONSO HERRERO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA**

malonso11@us.es

<https://orcid.org/0000-0002-0173-5063>

Fecha de recepción: 6 de febrero de 2024

Fecha de aceptación: 17 de abril de 2024

Diablotexto Digital 15 (junio 2024), 59-83
DOI: <https://doi.org/10.7203/diablotexto.15.27994>
ISSN: 2530-2337



Resumen: El presente artículo propone un análisis de las distintas maternidades presentes en *Esta herida llena de peces* (2021), novela de la autora colombiana Lorena Salazar, a través de contribuciones fundamentales para los estudios de género como las teorías de Rich, Cixous o Kristeva. Ante la extendida presencia de las “malas madres” en la literatura hispanoamericana actual, Salazar propone una visión más optimista respecto a la felicidad que pueden producir las relaciones maternofiliales. Aun así, es crítica con las situaciones de precariedad y soledad a las que están expuestas muchas mujeres, especialmente en contextos de violencia armada como el de Colombia.

Palabras clave: Lorena Salazar; Maternidad; Colombia; Adopción

Abstract: The purpose of this article is to analyze the different motherhoods present in *Esta herida llena de peces* (2021), a novel by Colombian author Lorena Salazar, through fundamental contributions to gender studies such as the theories of Rich, Cixous and Kristeva. Given the widespread presence of "bad mothers" in current Spanish-American literature, Salazar proposes a more optimistic view of the happiness that relationships between mother and child can produce. Even so, she is critical of the situations of precariousness and loneliness to which many women are exposed, especially in contexts of armed violence such as Colombia.

Key words: Lorena Salazar; Motherhood; Colombia; Adoption



Introducción: narrativa de mujeres contemporáneas y tradición feminista

El presente artículo propone una lectura respecto a la experiencia de la maternidad en *Esta herida llena de peces* (2021), ópera prima de la autora colombiana Lorena Salazar (1991). La obra se abre con la voz en primera persona de la narradora, quien está a punto de empezar un viaje junto a su hijo a través del río Atrato, ubicado en la región de Chocó: “El niño y yo llegamos al malecón de Quibdó. Buscamos una canoa que nos lleve a los dos, y al pingüino de tela que carga desde que salimos de casa, hasta Bellavista” (Salazar, 2021: 11). En las conversaciones con el resto de viajeros y numerosas analepsis que remiten a la crianza del niño, se descubre una maternidad no planificada, ya que la narradora no es su madre biológica ni buscó ser madre mediante la adopción, manifestando otra disrupción respecto a este modelo de maternidad, pues tradicionalmente se ha entendido que “la adopción implica un acto de voluntad y deseo” (Suárez et al., 2016: 3). Al aparecer Gina, una antigua vecina, rogándole que se haga cargo del niño cuando este apenas es un bebé, la narradora se convierte en madre de manera inesperada. Las conversaciones con los otros viajeros, junto al monólogo interior de la madre adoptiva, plantean cuestiones como qué es lo que constituye la maternidad, si se trata de un factor biológico o de una serie de cuidados y acompañamiento. Asimismo, se descubren las inseguridades de la narradora, quien ha emprendido el viaje dado que la madre biológica le ha pedido conocer al niño y teme que esta se lo quite. El miedo ante la otra mujer desaparece una vez que se encuentran y deciden involucrarse ambas en la crianza del niño.

Magdalena Sancho ha apuntado tres etapas dentro de los estudios sobre la maternidad: el rechazo de la maternidad (común en teóricas de la segunda ola del feminismo), la recuperación de la maternidad (a partir de la década de los setenta, con el surgir del feminismo de la diferencia) y la coexistencia entre



la crítica a la recuperación y el intento por implementar estrategias de recuperación (2016: 59). Quisiera enmarcar la representación de marentalidad no hegemónica de la novela en esta última corriente, señalando la situación de vulnerabilidad a la que está sometida la narradora, pero también su identificación como madre del niño y el apego entre ambos. Para ello, son valiosos los estudios de género de distintas autoras como Adrienne Rich, Hélène Cixous, Catherine Clément, Victoria Camps o Lina Meruane, quienes han analizado cómo históricamente las mujeres han sido forzadas a ocuparse del cuidado de sus hijos en solitario.

Las reflexiones sobre los lazos familiares se hacen a lo largo de un viaje influenciado por el clima de violencia armada en Colombia. Según el informe “¡Basta ya!” del Centro de Memoria Histórica, el conflicto armado colombiano ha provocado aproximadamente 220000 muertos, de los cuales el 81,5% corresponde a civiles. Por lo tanto, este sería el sector que más habría sufrido los estragos de la violencia en el país (CMH, 2013: 31). Este clima se ha visto alimentado por diversos factores. Aunque inicialmente se caracterizó por el enfrentamiento entre el poder político y los movimientos de guerrilla que buscaban un cambio del orden establecido, como el Ejército de Liberación Nacional de Colombia (ELN) o Ejército Popular de Liberación Nacional (EPL), poco después se le sumó la influencia de los grupos paramilitares y el auge del narcotráfico, que sirvió como fuente de financiación tanto para las guerrillas como para las autodefensas (Moreira, A., Forero, M. & Parada, A. M, 2015, s. p.). Esta situación de violencia constante que impregna el ambiente de inseguridad se traslada a la novela, en la que hay varias alusiones a elementos que provocan inquietud en la narradora, como el encuentro con un hombre armado. Por lo tanto, durante la lectura se aprecia un clima enrarecido por un peligro que no llega a nombrarse y que se termina de comprender en el desenlace de la obra, cuando el niño fallece a causa de un atentado. Según la autora, este final resulta inevitable: “Me di cuenta de que el libro no podía terminar de otra forma. En



Colombia todo el tiempo estamos viviendo indicios de que algo malo va a pasar. En el libro ocurre algo similar. La construcción literaria se ayuda del contexto histórico” (Hernández, 2021, s. p.). Astrid Ochoa (2023: 195) ha situado esta novela como parte de las narrativas actuales donde se abordan los efectos de los problemas sociales en Colombia en las vidas de las mujeres y niños, a la vez que ofrece una representación de la maternidad en dicho contexto.

Aunque el entorno donde se encuentran los personajes de *Esta herida llena de peces* se caracterice por su dureza, la narración propone una visión muy generosa respecto a las distintas figuras maternas, incluso a pesar de las recriminaciones con las que lidia cada una. En la historia se muestra la relación de sororidad que se desarrolla entre la narradora (madre adoptiva) y Gina (madre biológica) una vez que se han encontrado. Cristina Palomar, al tratar la construcción social de la maternidad, parte de que existe la idea arraigada de “La Madre”:

Esa representación ideal, abstracta y generalizadora [...] que encarna la esencia atribuida a la maternidad: el instinto materno, e amor materno, el *savoir faire* maternal y una larga serie de virtudes derivadas de estos elementos: paciencia, tolerancia, capacidad de consuelo, capacidad de sanar, de cuidar, de atender, de escuchar, de proteger, de sacrificarse, etc. (2004: 16).

En base a este concepto señala que surgen dos estereotipos más: las “buenas madres” y las “malas madres”. Respecto a estas últimas las define como “esas mujeres que no cumplen con las expectativas ideales de ese papel social y que son estigmatizadas, señaladas, penalizadas o diagnosticadas de diversas maneras y formas” (2004: 17). Resulta relevante partir de estas definiciones para destacar cómo en la producción narrativa de la última década el tipo de las “malas madres” se ha convertido en un elemento habitual en la escritura femenina latinoamericana. Para hablar de estos personajes maternos disidentes a la norma social, Melissa Hurtado (2022: 281) pone como ejemplo *Casas vacías* (2017), novela de Brenda Navarro, “Reina, esclava o mujer”, crónica de Fernanda Melchor incluida en *Aquí no es Miami* (2018), y *Distancia de rescate*



(2014), *nouvelle* de Samanta Schweblin. Dentro de este modelo de maternidad donde las mujeres son acusadas por no cumplir con el rol de cuidadora también entrarían obras como *Nefando* (2016) y *Mandíbula* (2018), de Mónica Ojeda o *Por qué volvías cada verano* (2018), de Belén López Peiró, donde la narración recae en los hijos, que reprochan a sus progenitoras no haber sido capaces de cumplir con ese modelo de “La Madre”. Sin embargo, *Esta herida llena de peces* muestra una relación maternofilial más positiva ya que, pese a que la narradora tenga que enfrentarse a distintos conflictos, el vínculo entre madre e hijo es sólido y beneficioso desde un punto de vista afectivo. Además, se plantea la incertidumbre respecto a cómo denominar estos parentescos que no están recogidos por los términos de la familia tradicional, dado que en la novela aparecen dos figuras maternas que no mantienen entre sí una relación romántica, por lo que no existe un término para denominar el vínculo que surge entre ambas¹. Así, vemos cómo aquellas relaciones que se dan al margen del imaginario tradicional conllevan una crisis del lenguaje, provocando en los sujetos una búsqueda de nuevos términos.

No es de extrañar la presencia de la maternidad como tema recurrente en las obras de estas autoras, ya que esta cuestión ha sido una de las principales preocupaciones del movimiento feminista. Ante el control patriarcal que relegaba a la mujer a permanecer en casa ocupándose del cuidado de la misma y de la crianza de los hijos, autoras de la segunda ola feminista como Simone de Beauvoir, Luce Irigaray o Adrienne Rich expresaron abiertamente su rechazo hacia la maternidad como herramienta de opresión hacia las mujeres. Asimismo, Karen Horney señala que durante la primera década del siglo XX se concebía el instinto maternal como guía infalible para la educación de los hijos, siendo esta postura sustituida más adelante por la idea de que los

¹ Este interrogante recuerda a *Poeta chileno*, obra de Alejandro Zambra, donde el protagonista mantiene una relación tan cercana con el hijo de su pareja que no se siente representado por la etiqueta de padrastro dadas las connotaciones negativas que usualmente se le han atribuido.



conocimientos teóricos sobre la educación eran la base. Sin embargo, en la década de los 30 hay un regreso al lado emocional de la relación maternofilial, pero esta vez matizada: las mujeres empiezan a indagar qué factores son los que construyen una actitud deseable para los hijos (1982: 201). Este deseo de valorar el vínculo materno, sin caer en la creencia de que la madre es responsable de todo aquello relacionado con el hijo, avanza hasta convertirse en una contracrítica a las pensadoras que deslegitiman la maternidad, ya que según Helen Cixous (1986: 89) se produce una nueva forma de represión hacia las mujeres que desean ser madres. De hecho, Cixous valora la maternidad como parte de la práctica sexual femenina, caracterizándola por una fuerza desmesurada que puede transformarse en capacidad para escribir. La protagonista de la novela de Lorena Salazar es retratada como una mujer que, pese a ser consciente de la situación de soledad y opresión a la que está sometida al ser una madre soltera de clase obrera, vive el vínculo entre ella y su hijo como una experiencia que le proporciona felicidad. De este modo, se plantea un escenario donde la desmitificación de la maternidad puede convivir junto al amor y el cuidado que madre e hijo comparten. Esta dualidad también se muestra en el título, donde lo positivo de los peces, vinculados al agua como sinónimo de vida, coexiste con lo doloroso de la herida.

Maternidades no hegemónicas; sororidad y acompañamiento

Esta herida llena de peces se abre con la extrañeza de la narradora ante la falta de interrogantes en la lancha en la que viajan; por primera vez nadie le pregunta por qué tiene un hijo negro siendo una mujer blanca: “A diferencia de en [sic] nuestros viajes en avión, ni ella ni su ayudante, un joven que acaba de saltar a la canoa, se sorprenden de que mi hijo sea negro y yo blanca” (Salazar, 2021: 15). Esta diferencia entre los dos medios de transporte podría ligarse al ámbito social; mientras que el avión, asociado al discurso hegemónico, cuestiona el lazo



entre madre e hijo, la narradora no se siente vigilada en un entorno más popular como el de la lancha. Pocas páginas más adelante, reconoce que nunca se había planteado la maternidad hasta el día en que una vecina llamó a su casa y le dejó un bebé argumentando que ella no poseía los medios económicos para mantenerlo: “Gina, una mujer que había sido vecina mía en Bellavista, tocó a la puerta y se entró a mi casa llorando con un bebé en brazos. Lo acostó en mi cama, dijo que no podía cuidarlo, que ya tenía tres y no le alcanzaba la comida” (Salazar, 2021: 38). El viaje que emprende junto al niño está motivado por el deseo de la madre biológica de verlo, por lo que, a través del monólogo interior de la madre adoptiva, se plantea qué es exactamente ser madre y por qué la narradora siente que la otra mujer es la madre legítima del niño si ha sido ella misma quien ha cuidado de él.

Desde el momento en el que la narradora se convierte en madre sin siquiera haberlo deseado, desarrolla una serie de inquietudes respecto a si puede cumplir con las expectativas asociadas a la maternidad e incluso si se merece esta experiencia. Según Julia Kristeva la mujer está definida por la tradición bíblica: puede ser esposa, hija o hermana, incluso todo a la vez, pero rara vez se le dará un nombre, su identidad ya está definida por el lugar que ocupa dentro de la familia (1986: 140). En ningún momento se da a conocer el nombre de la narradora ni el del niño. Se puede hacer una lectura de la falta de nombres como una herramienta para acentuar el propósito de la novela de reflexionar respecto a la maternidad; la narradora podría ser cualquier mujer, sometida a un clima de violencia desde una posición precaria y de desamparo. Lo que la caracteriza dentro de la novela es su pulsión por cuidar de su hijo y el discurso creado en torno a cómo este ha cambiado su vida. Por ello, toda la obra gira alrededor de sus inseguridades como madre, ubicando su condición de no gestante como causa de estas, ya que siente que la gestación es una etapa significativa del proceso materno, por lo que no haber pasado por ello la convierte en una madre deficiente o incompleta. Por lo tanto, simula estar embarazada a



través de la adhesión de un bulto a su cuerpo, intentando aplacar este malestar:

Días después de recibir al niño, cosí un saco de tela, como el de los canguros, y lo llevé atado a mi cintura un tiempo. Adentro del saco una papaya [...] Una papaya es lo más parecido a una barriga primeriza. Pensaba en la tristeza de las mujeres estériles o las que suplican arrodilladas en la iglesia por un bebé que no muera al quinto mes, que no explote dentro de ellas a media noche. A mí me habían regalado uno, quería ganármelo, merecerlo a punta de dolor como una madre [...] Por eso quería la barriga, vivir las etapas, como dicen. No iba a ser menos madre por no sentir un peso en el vientre (Salazar, 2021: 91-92).

La escritora chilena Lina Meruane plantea la desmesurada presión social a la que están expuestas las madres en la actualidad, provocando que estas tengan que ofrecer a sus hijos las mejores condiciones, incluso desde el preparto, para que ellos desarrollen el mayor potencial dentro de un sistema que aboca a la rivalidad constante: “La obligación actual de la madre es la de ofrecerles a sus hijos ventajas comparativas en un mundo cada vez más competitivo, y esas ventajas empiezan a trabajarse en el embarazo, pasan por el parto y se alargan en la leche materna y el apego” (2021: 133). Al no haber podido estar presente en esta etapa, la narradora debe buscar una forma de suplir esta carencia que la hace sentir culpable, como si, al no haber proporcionado cuidados durante los meses de la gestación, fuese indigna de ser considerada madre: “quería ganármelo” (Salazar, 2021: 92). Singer, Brodzinsky y Ramsay (1985: 1544) han señalado como factor que dificulta la construcción del vínculo entre padres e hijos adoptivos la falta de modelos apropiados de parentalidad adoptiva, ya que la mayoría de las personas que tienen un hijo por adopción no han sido adoptados ni están habituados a este modelo de familia. Sin embargo, la narradora encuentra alternativas para llenar los vacíos provocados por no haber sido partícipe del proceso de gestación, significando el vínculo que la une con el niño a través de sus propios símbolos: “Toqué su naricita con el dedo untado de papaya, ahí empezó nuestra historia con la fruta. Así como los bebés huelen la leche materna, él me reconocería por la papaya” (Salazar, 2021: 91). La madre adoptiva está constantemente comparándose con la madre biológica, midiendo sus facultades a través de la confrontación con la



imagen de una mujer que no tiene que luchar por el título de madre, ya que este le ha sido otorgado por haber dado a luz. Se establece una dicotomía entre las mujeres que han gestado y aquellas que no, ubicando al primer grupo en una posición de superioridad desde la que menosprecian al resto de personas:

Las madres naturales dicen que nada es tan grande, que lo que sentimos el resto de humanos no alcanza, es pequeño, insignificante. Orquestas de brujas recién paridas juran que una mujer que no ha tenido hijos no sabe de dolor ni aguante, que es una pobrecita incompleta (Salazar, 2021: 139).

Rich apunta que “aquellas mujeres que se autoidentifican como madres suelen parecer amenazadoras o incluso inspiran un sentimiento de rechazo en las mujeres que no se sienten tales” (2019: 312). Esto se ve en la narradora, quien se siente inferior frente a la madre biológica por no haber parido al niño, llevándola a dudar de su capacidad para cumplir con el rol materno. Soledad Gesteira (2015: 177) señala que el estigma hacia las madres adoptivas suele estar vinculado a la idea de que dicha mujer no es fértil, por lo que sería concebida como un ser incompleto, incapaz de dar vida. No obstante, esta adopción no es planificada, por lo que ni siquiera está motivada por una incapacidad física de la madre adoptiva, sino por la urgencia de la madre biológica que no puede cuidar del niño y busca ayuda en otra mujer. Aunque la narradora posea la capacidad de gestar, al entrar en la maternidad a través de la adopción, también desarrolla este sentimiento de inferioridad.

La idea del útero como primer hogar desde el que cuidar al hijo está muy asentada en el imaginario social². Según este concepto, el útero queda equiparado al abrazo de la madre como lugar al que pertenece el hijo, por lo que no extraña que la narradora dude de su capacidad como madre si no ha estado

² Adrienne Rich describe cómo le afectó el encuentro con una amiga que sostenía en brazos a su hijo recién nacido: “Me asombró sentir el apasionado deseo de tener, una vez más, ese ser pequeño, nuevo, apretado contra mi cuerpo. El bebé pertenece a ese sitio, arrollado, suspendido, dormido entre los pechos de la madre, como perteneció al útero cuando estaba encogido dentro de él” (2019, p. 77).



implicada en este proceso desde su inicio. Se da una analogía entre el niño y el fruto maduro al observar un bulto que sobresale del tallo de una planta, sabiendo que este pronto se abrirá: “Una madre es una cáscara. Guarda la semilla, cubre, protege, se abre para que salga el fruto. La madre tiene al hijo adentro, el hijo tiene a la madre alrededor. El niño es un brote que sembraron junto a mí, en la misma maceta, hace algunos años” (Salazar, 2021: 110). De esta manera, la voz narradora se diferencia de la madre biológica, a la vez que reconoce que la familia que han formado no ha sido elegida, sino que le fue asignada ya que el niño no “fue sembrado” por ella. Ángela González ha señalado que *Esta herida llena de peces* confirma el interés actual por la complejidad de las relaciones familiares dado que “desnaturaliza los roles fijos, al cuestionar el origen y la función de la parentalidad y de sí mismos como única alternativa de la familia” (2023: 39). El niño que no nace dentro de la narradora, sino que es sembrado a su lado, representa el lazo maternofilial ajeno a la gestación, pero también plantea una situación de horizontalidad entre el menor y la adulta a su cargo.

A menudo la narradora va a poner en duda su aptitud como figura materna, sometida al estrés provocado por la imagen de la madre abnegada que siempre sabe cómo actuar: “No siempre puedo ser fuerte y valiente como una madre de verdad. Lo intento, juro que lo intento. Ser mamá, fingir que le ganas al miedo y pierdes en los juegos. Siento, a veces, que fui yo quien nació de él” (Salazar, 2021: 59). De esta forma, al tratarse de una maternidad no planificada, siente que ha sido el niño el que le ha otorgado una oportunidad de formar una familia, en vez de habérsela dado ella a él. Así, se produce una inversión de roles en la que el niño se convierte en el dador de vida: su llegada ha dado lugar a una nueva mujer.

Rich (2019: 220) también apunta cómo tradicionalmente se han vinculado dolor y amor en la teoría de la maternidad, provocando la idea de que cuanto más sacrificio haya, mayor es la entrega por parte de la madre. En voz de la narradora, la maternidad es definida como: “algo que duele. Es herida y cicatriz”



(Salazar, 2021: 21), por lo que concibe el dolor como factor que afianza la identidad materna. Esto se ve acentuado por el carácter monomarental de la situación, ya que ella sola tiene que encargarse tanto de la manutención económica, como de los cuidados³. La labor remunerada de la madre adoptiva consiste en elaborar flores artificiales y marcos para cuadros; si al niño le surge un deseo, mayor es la diligencia con la que busca clientes o incluso les crea la necesidad de un marco nuevo o un ramo. Ante esta precariedad, tiene que recurrir a pequeñas mentiras para que el niño no sea consciente del sacrificio que supone mantenerlo ella sola: “Minutos después, con el diente en la mano, el niño estaba reclamando su premio. Le dije que tendría que ponerlo bajo la almohada y esperar tres días [...] Necesitaba eso, tres días para armar un par de ramos de flores artificiales” (Salazar, 2021: 45-46). Uno de los factores que marca el resentimiento que siente hacia Gina, antes de reencontrarse, es el hecho de que esta no colabore con la manutención del niño: “Nunca mandó regalo de cumpleaños ni plata para los uniformes” (Salazar, 2021: 137). Además, la ausencia de los personajes paternos a lo largo de la obra resulta patente, tanto por cuestiones económicas como de afecto, llegando a darse la situación en la que la narradora es cuestionada respecto a su soltería:

Aprieto los dientes y respondo que la única opción de padre que tuvo el niño se desvaneció, se fue como el alcanfor [...] El hombre aquel siempre llegaba tarde y con el pelo revuelto, tenía una forma particular de amar las esquinas del cuerpo, de mantener la calma, de cuidarme. Pero mi vida se llenó del niño. «No sé dónde ponerte» le dije una noche. Desapareció antes del amanecer (Salazar, 2021: 37-39).

³ “La conciliación de la vida laboral y el cuidado de los hijos/as, para las familias monoparentales, se presenta con más dificultades que para las familias biparentales, debido a que las mujeres al frente de un hogar monoparental, a excepción de las viudas, tienen tasas de empleo superiores a las madres que viven en hogares biparentales. Evidentemente este no es un problema exclusivo de las familias monoparentales, pero también es cierto que el problema se incrementa considerablemente en cuanto la mujer que encabeza un hogar monoparental no puede compartir la realización de las tareas domésticas con su pareja, ni los gastos ya que solo cuenta con un único ingreso para hacer frente a la economía familiar” (Seisdedos & Cano 2012, 12-13).



Meruane utiliza el término “marido-demandante” (2021: 138) para denominar a aquellos hombres que sienten envidia hacia los hijos de sus parejas, independientemente de que puedan ser también sus propios hijos, llegando a plantearles elegir a cuál de los dos priorizar. En el caso de la narradora resulta evidente que el cuidado del niño requiere de un tiempo que antes era dedicado a su relación romántica, por lo que al no aceptar él un papel proactivo en la crianza, el vínculo de la pareja queda roto. Respecto a la ausencia de las figuras masculinas en estas situaciones, Orna Donath ha señalado cómo cuando la madre biológica se ausenta, su papel es ocupado por otra mujer, siendo esto fruto del patriarcado, ya que el rol de los cuidados ha sido asociado a las mujeres pese a que no exista ningún determinismo genético que las haga más aptas para este papel:

Y así es, en efecto, pero ninguna mujer nace madre; que las mujeres sean portadoras de la descendencia humana puede ser un hecho, pero eso no obliga a las mujeres a entregarse al cuidado, protección, educación y responsabilidad que exige dicha relación. Tampoco es obvio que, cuando las madres biológicas no pueden actuar como madres, sean otras mujeres las que suelen sustituirlas, en vez de hombres (2016: 58-59).

Rich (2019: 88), al analizar el papel de la mujer dentro de la unidad familiar, declara que las prioridades de las mujeres se han establecido de forma que las necesidades de los hijos y maridos ocupen una posición preferente, seguidas de las de los extraños y, por último, se encuentran las que ellas mismas experimentan. Respecto a esta cuestión, Victoria Camps (2021: 54) reconoce la existencia de un vínculo especial entre madres e hijos debido al proceso de gestación y a que la crianza ha recaído sobre el género femenino tradicionalmente, pero no cree que esto sea un factor intrínseco a las mujeres: “Otra cosa es derivar de esa especial vinculación de la mujer a los hijos algo esencialista y exclusivo del ser femenino.” Sin embargo, en *Esta herida llena de peces* la narradora prioriza su deseo de ser madre a la relación romántica que mantenía, distanciándose de la idea de la maternidad como imposición y aceptando esta experiencia como parte de su identidad.



La narradora posee la capacidad de procrear, pero la rehúsa al preferir el vínculo que tiene con el niño que no ha parido: “No voy a dejar que Gina me lo quite. Ella tiene más hijos, yo sólo este. Me dirá que soy joven y puedo tener mi propio niño. No quiero otro, quiero este capaz de encontrar las orejas de las flores. ¿Un niño igual a mí? No quiero eso” (Salazar, 2021: 133-134). La madre adoptiva reflexiona respecto al papel que ocupa la otra madre en la vida del niño, asumiendo la condición de madre biológica como algo que asegura el lazo maternofilial, como le recuerda Carmen Emilia, otra viajera de la lancha con la que conversa: “–Mama es mama, manita. Mama es mama – responde abanicándose con un pedazo de tela–. Ella lo parió.” (Salazar, 2021: 79). Sin embargo, la narradora también le recrimina a Gina su ausencia: “No por la madre, no merece que lo haya traído. Lo hago para que no meta papeles y me quite la custodia” (Salazar, 2021: 130).

Asimismo, cabe a destacar la mención a la custodia, dado que la maternidad a través de la adopción ha sido definida tradicionalmente como “una filiación legal sin vínculo genético” (Bogino, 2020: 14). Mercedes Bogino ha señalado la lucha por una equiparación de los derechos legales, fiscales y sanitarios respecto a las maternidades biológicas como una de las mayores preocupaciones de las maternidades no hegemónicas, ya que estos avances se traducirían como reconocimiento social (2016: 65). No obstante, la narradora de *Esta herida llena de peces* ni siquiera posee el reconocimiento legal de su identidad como madre, puesto que la adopción del niño se realizó fuera de un marco institucional, dejándola más desamparada en el momento de la narración.

El hecho de que la narradora se apoye en el monólogo interno para relatar la llegada del niño y los cambios que implicaron enfatiza el carácter solitario de la crianza ya que, a excepción de las conversaciones que mantiene durante el viaje, no menciona ninguna otra compañía en la que haya podido apoyarse durante esta experiencia. Asimismo, la elección de dicha técnica podría leerse



como una alusión a la falta de referentes y a la necesidad de construir un discurso propio para ser capaz de identificar las emociones vinculadas a la maternidad. Así, se plantea un escenario donde la narradora se siente inferior frente a la idea de la madre biológica, pese a que también la desvalore por no haber sido capaz de cuidar de su hijo. Incluso llega a sentir miedo ante la posibilidad de que Gina le quite al niño por vías legales, lo que evidencia también la incapacidad de la madre adoptiva para conseguir una defensa que demuestre que su parentesco con el niño es igual de válido, pese a no ser su madre biológica. Por lo tanto, se puede apreciar una evolución en la actitud de la narradora, ya que, aunque en todo momento mantenga al hijo como prioridad, inicialmente siente desconfianza hacia la madre biológica, a lo que se sumarían las consideraciones prácticas respecto a la falta de documentos que reconozcan el vínculo maternofilial. Esta postura se transforma una vez que las dos madres se encuentran: la narradora empatiza con la otra mujer y le perdona su ausencia. Hay un reconocimiento de ambas como figuras maternas incompletas, capaces de aportar a la vida del niño:

Mi niño y el niño de Gina, un río pequeño que ella no alimentó y tuvo que llenarse conmigo, agua de lluvia. Entre ellos – madre y niño – hay un pedazo de tierra pantanosa con huecos como los que dejan las dragas después de llevarse el oro. La lluvia no alcanza a llenarlos, el daño es irreversible; por más que ella quiera hacer algo, no puedo curarla de la ausencia, de las palabras no dichas. Yo soy la mamá: yo le canté, le di de comer, le limpié los oídos. También le enseñé a ser un buen niño. Quizás lo único que he hecho todo este tiempo es prepararlo para que perdone a su madre (Salazar, 2021: 125).

Durante toda la narración se plantea el temor de la narradora a dejar el niño con Gina y ser olvidada por él. Dicho miedo se materializa en las palabras que le dirige Carmen Emilia, viajera de la lancha ya mencionada: “Mamá es la que limpia oídos mientras le llueven palmadas de muchachito en la cara. Pero, cuando él crezca y agarre calle, no se acordará de lo que vos hiciste para que pudiera oír los pájaros” (Salazar, 2021: 124). Respecto a la relación maternofilial, Julia Kristeva ha apuntado que el papel del hijo en la construcción identitaria de la madre no actúa igual que el de la madre en la del hijo, es decir: “Si bien el niño



puede servir de índice para la autenticación de su madre, esta en cambio no tiene razón para servir de intermediario de la autonomización y autenticación del hijo” (1988: 22). Pese a que Kristeva señale esto a propósito de cómo la figura materna puede convertirse en objeto donde se refleja lo abyecto desde la visión del hijo, al aplicarlo a la narración de Salazar se puede ver cómo la madre adoptiva necesita del hijo para verificar su competencia materna. Sin él perdería dicha aptitud, dándose un cambio radical en su identidad por el que, a ojos de la sociedad, dejaría de ser madre. Por ello, la relación de dependencia que se establece entre madre e hijo no se debe solo al cuidado que ella ofrece al niño, sino a la realización que este da a la narradora: “Si Gina quisiera quedarse con él, tendría que llevarme a mí. Soy del niño” (Salazar, 2021: 122). En el momento en el que casi han alcanzado su destino, la narradora se plantea cómo cambiará su identidad una vez haya dejado al niño con su madre biológica: “¿Agarro canoa y me regreso a Quibdó sin niño? ¿Dejo a la madre aquí y sigo siendo mujer, solamente?” (Salazar, 2021: 139). La propia voz narradora reconoce un desdoblamiento entre aquella mujer que era antes de la llegada del niño y la que es en la actualidad: la maternidad la constituye como una persona diferente. Renunciar al niño supone perder una parte de sí misma que existe gracias a su presencia.

Una vez que ambas mujeres se encuentran, la narradora deja al niño junto a Gina y sale corriendo debido al miedo que le produce una posible despedida. Al contrario que en sus imaginaciones, el propósito de Gina no es el de quitarle al niño, sino conocerlo y plantearle un estilo de vida en el que ambas estén implicadas. En este momento, cuando Gina le cuenta que han matado al resto de sus hijos y que carece de pareja, la imagen de la madre biológica se transfigura totalmente, pasando a ser concebida como una semejante:

—Así es la vida aquí. Y marido no tengo, esos hombres de hoy sólo quieren beber viche y andar el río. Hace años que trabajo cogiendo oro, también lavo ropa ajena (...)
—Yo hago flores artificiales y marcos de madera para cuadros, con eso nos mantenemos [...]



—Las dos trabajamos con las manos— me dice Gina.
—Aquí todas las mujeres, hasta las blancas, trabajamos con las manos— respondo.
(Salazar, 2021: 142).

De esta forma, ambas figuras quedan equiparadas, ya no solo por tener al niño como única familia, sino por el carácter manual del trabajo al que se dedican. Así, Gina se convierte en una igual junto a la que se plantea la posibilidad de formar una nueva suerte de familia, en la que ambas figuras maternas estén presentes: “Las dos, igual de solas, buscamos en él un motivo para seguir viviendo en una tierra de madres abandonadas. Madres del mismo niño, un parentesco sin nombre” (Salazar, 2021: 144). Por lo tanto, la narradora reconoce el vínculo que se forma entre Gina y ella como una forma de parentesco, que, debido a su carácter insólito, carece de nombre. Así se muestra cómo tradicionalmente la terminología utilizada para designar a los distintos miembros de una familia parte de la concepción de esta como unidad tradicional, basada en un vínculo heterosexual y su descendencia. Lacan estableció al padre simbólico como elemento respecto al que se designan el resto de significantes, definiendo el Nombre del Padre como “un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro en cuanto sede de la ley, representa al Otro. Es el significante que apoya la ley, que promulga la ley” (2009: 150). Al no haber un significante que actúe como el Nombre del Padre en *Esta herida llena de peces*, la unidad familiar compuesta por la madre adoptiva y el niño se caracteriza por carecer de nombres que los designen.

Al igual que con la papaya, dada la falta de referentes, la narradora debe buscar dentro de su propia experiencia la manera de denominar este lazo, por lo que recurre a las palabras del niño: “Gina es la primera «MA», en mayúsculas; y yo la segunda «má», diferente, con tilde. Juntas: MAmá” (Salazar, 2021: 144). De este modo, la maternidad abandona su carácter solitario para convertirse en una experiencia compartida, no por un vínculo sexoafectivo entre estas dos mujeres, sino por el amor hacia un mismo hijo. Además, ante el estado precario



de Gina, también quedan olvidadas las recriminaciones económicas que se le hacían. La narradora reconoce cómo la capacidad de dar vida de las mujeres se ha utilizado como excusa para ensalzar la figura femenina en vez de administrarles ayudas:

Gina entre dientes me pide perdón por no mandar plata para la crianza. No permito que se alargue en el discurso, la llevo a la cocina y le digo que las madres aquí pasan penas, pero afuera creen que la fuerza de parir les da para aguantar todo lo que venga: hambre, humillaciones, muerte. Hablan con orgullo de las madres y mujeres de esta tierra, con aguante, guerreras, victoriosas. Guerra sí hay, pero nadie la gana (Salazar, 2021: 152).

Cabe destacar la transparencia con la que la madre adoptiva se dirige al niño. Respecto al desarrollo de la conducta del apego en los niños adoptados, René Spitz (1935, citado en Rosas, Gallardo & Angulo, 2000) determinó que la madre actuaba como representante del medio externo, por lo que, la visión de este que el niño construye está determinada por el vínculo materno-filial. Además, la renuncia ante la crianza de los padres biológicos suele materializarse en la mente del niño como abandono, incluso cuando esta se da en una etapa precoz. Sin embargo, en la novela se ve cómo la pauta de apego que ha desarrollado el niño se corresponde con el apego seguro, es decir “existe una confianza por parte del niño hacia sus padres (o figuras parentales), quienes serán accesibles, sensibles a las señales del niño y colaboradores cuando el infante se encuentre en situaciones adversas o amenazantes. Esto le permitirá explorar el mundo con seguridad y confianza” (Rosas, Gallardo & Angulo, 2000). Dicha actitud se ve en la reacción de la narradora cuando el niño aparece después de creerlo perdido:

No le digo al niño que eso no se hace, que nunca más se aleje de mí, que está castigado. No le pego ni lo llevo del brazo apretándolo hasta hacerlo chillar. Cuando un niño aparece, después de haberse perdido por juego o por descuido, nunca lo reciben con un abrazo [...] Lo regañan por aparecer, casi por estar vivo (Salazar, 2021: 114).

No hay violencia hacia el niño, sino que se comprende este suceso como una consecuencia habitual de la curiosidad infantil que puede provocar



despistes. Esta actitud por parte de la madre adoptiva afianza el lazo entre ambos, caracterizándose por el afecto y la sinceridad, incluso a la hora de tratar un tema que habitualmente se concibe como complicado: el origen biológico del niño. Lejos de formular mentiras respecto a su adopción, la narradora trata este tema con sinceridad y cariño:

—Eres negro y yo blanca porque tienes dos mamás: una es la mujer negra que te llevó en su barriga nueve meses y que te trajo al mundo. La otra soy yo, que te he cuidado todos los días desde que eras un bebé.

El niño miraba las naranjas mientras escuchaba.

—La mujer de la que naciste no pudo quedarse contigo, con nosotros —dije.

Tomé una hoja, dibujé dos mujeres: una negra, otra blanca, y un niño, negro también. Le expliqué:

—Esta es tu mamá negra, esta es tu mamá blanca y este eres tú [...]

Él sabe que tiene dos mamás, pero no lo hablamos más. (Salazar, 2021: 22-23).

Pese a que a lo largo del siglo XX se ha utilizado la etiqueta de la “familia *as if*” para referirse frecuentemente a aquellas unidades donde el vínculo entre padres e hijos se debe a la adopción pero que, mediante las políticas del secreto, simulan tener un lazo biológico, aunque esto suponga engañar a los hijos (Gesteira, 2014: 168), en esta novela no se plantea dicha situación. Estas políticas del secreto se vieron motivadas por la idea de que los hijos sufrirían discriminación, por lo que se dieron bajo la intención de protegerlos de esta posibilidad. Sin embargo, aquellos hijos que descubren que se les ha ocultado sus lazos biológicos afirman preferir la verdad (Gesteira, 2014: 179). Frente al desengaño mostrado por aquellas personas cuyo origen biológico les ha sido ocultado, la narradora aborda este tema con transparencia cada vez que el niño pregunta. Asimismo, resulta destacable la actitud comprensiva de ambas figuras maternas ante los deseos del niño, ya que toman en consideración su opinión a la hora de decidir cómo van a organizar la crianza conjunta: “Le preguntaremos al niño si quiere irse conmigo o quedarse con Gina un tiempo. O para siempre. También hablamos de compartirlo” (Salazar, 2021: 144). Lisa Parkinson señala que es fundamental comprender que, dentro de que cada



unidad familiar es única e individual, los niños “son personas, no posesiones, con derechos propios que necesitan apoyo y formación” (2005: 55-56). El propio niño, al encontrarse ante las dos madres, declara no ser posesión de nadie: “Yo soy mío” (Salazar, 2021: 142). De esta forma se plantea una lógica familiar donde incluso los menores son concebidos como personas con necesidades y deseos propios, frente a la idea tradicional de que los hijos deben estar supeditados a las órdenes de sus progenitores sin que estos cuestionen si están atentando contra su autorrealización.

Gracias al encuentro entre las dos mujeres se da una tentativa de familia alternativa donde el cuidado quedaría repartido entre las dos. Sin embargo, el proyecto no llega a realizarse. La idea de poder crear una familia, después de las experiencias de soledad de ambas mujeres, queda frustrada debido a la violencia armada. Esta había sido mostrada como un factor que, pese a estar supuestamente normalizado, la narradora no es capaz de describir: “Lo que no encuentro cómo explicar es por qué un hombre carga un arma” (Salazar, 2021: 114). Al final de la obra, cuando la confianza entre ambas mujeres empieza a afianzarse, un tiroteo interrumpe el entorno aparentemente feliz, mostrando la vulnerabilidad de los civiles en estas situaciones: “Hombres, mujeres jóvenes, señoras como de cincuenta o setenta, viejitas canosas entran y se sientan para escapar de las balas que pueden atravesar la pared de esta iglesia llena de miedo” (Salazar, 2021: 154). Mientras los transeúntes intentan protegerse dentro de una iglesia, sufren un atentado en el que, al igual que los otros hijos de Gina, el niño se convierte en una víctima más de la violencia armada:

Algo golpea el techo de la iglesia y explota. ¿Mi niño? ¿Dónde está mi niño? Algo me oprime el pecho, no puedo abrir los ojos, ¿por qué no puedo abrir los ojos? Oigo gritos. Desgarros y lamentos: un eco cargado de escombros. ¿Dónde está mi niño dónde está mi niño? [sic] ¿Qué nos hicieron? Siento el cuerpo engarrotado, las piernas calientes, paralizadas [...] A la izquierda, bajo una banca: el tronco de mi niño con su camiseta verde, verde sangre. Grito desde las entrañas, grito y me llevo las manos a la cara, pero no alcanzan a contener mi desgracia. Destrozados mi niño y yo, él por fuera yo por dentro (Salazar, 2021: 156-157).



Sandra Navarrete, en su análisis de esta novela, ha vinculado el estado de los territorios colombianos bajo el conflicto armado con las mujeres que residen en ellos: “Son madres y esposas que han quedado abandonadas, sin sus compañeros y sin sus hijos, a causa de la guerra armada, el narcotráfico, entre otros; igual de relegadas al olvido que los territorios que habitan” (2023: 96). Los espacios conocidos son arrasados, los hijos se convierten en nuevas víctimas y las mujeres como Gina viven en un duelo constante. La novela se cierra con el entierro organizado por Carmen Emilia, quien reconoce que la extrema crueldad de la situación imposibilita llevar a cabo los ritos funerarios: “Vamos a enterrar aquí al muchachito, sin decirle a nadie; esa gente no deja que despedamos bien a los muertos, los quieren a todos en una fosa” (Salazar, 2021: 161). La voz de la narradora se muestra desorientada a causa de las heridas provocadas por el atentado, llegando a ser incapaz de reconocer a su propio hijo en el cadáver: “La señora se mete al hueco con una bolsa negra, me asomo y veo que saca pedazos de... ¿un niño? Su hijo, pobre mujer” (Salazar, 2021: 161). De esta manera, el plan de una crianza compartida entre ambas mujeres fracasa, no por una falta de implicación de las figuras maternas, sino porque el contexto sociohistórico en el que se insertan las condena a verse nuevamente sin descendencia. Así, las consecuencias del conflicto armado adquieren mayor peso en el desenlace de la obra que la posibilidad de la crianza, ya que esta idea queda desechada ante el borrado del elemento que establecía el vínculo entre las dos mujeres: un hijo en común.

Conclusiones

Gracias al análisis de los personajes de la novela se puede apreciar que Lorena Salazar propone unos vínculos familiares donde primen el amor y el cuidado. Dos mujeres, que no habían planeado ser madres, desarrollan una relación comprensiva y empática al querer compartir la crianza del mismo niño. Pese a que la madre biológica comienza siendo una inseguridad, pasa a ser una



igual gracias a la comprensión con la que la madre adoptiva la trata después de conocer su situación. El estado de precariedad y violencia en el que se encuentran ambas mujeres las hace conscientes de que para ninguna ha resultado fácil la maternidad. Así, el vínculo que construyen no se forma a través de una relación sexoafectiva y su descendencia, sino que a través de la sororidad ejercida entre ambos personajes femeninos se concibe la posibilidad de compartir el cuidado del niño. Esta visión resulta destacable dado que en los últimos años son muchas las novelas de autoras latinoamericanas donde aparece el tipo de las “malas madres”. Sin embargo, Salazar propone una visión de la maternidad desmitificada, donde la inestabilidad económica y la soledad son factores que fatigan a la madre en la crianza, pero sin dejar de mostrar cómo ser madre supone para la narradora una experiencia positiva, llegando a ser un rasgo que vertebra su identidad. La comunicación entre las dos madres muestra la posibilidad de poder crear nuevos vínculos incluso para aquellos sujetos que se ven aislados, al estar carentes tanto de recursos económicos como afectivos, aunque esto no llegue a materializarse debido al clima de violencia en el que se inserta la novela. Salazar no solo se distancia de otras autoras actuales, sino también de la teoría feminista que ve la maternidad exclusivamente como una imposición del patriarcado, ignorando que esta también puede ser un deseo femenino. Además, también se plantean dos cuestiones vigentes tanto en la literatura como en la sociedad actual: el papel de los hombres en la crianza y la figura del menor como voz que merece ser escuchada dentro del ámbito doméstico. Pese a que las alusiones a la ausencia de parejas masculinas son esporádicas, la insistencia con la que se trata el sacrificio que supone conciliar trabajo y cuidados deja patente lo difícil que supone para un solo individuo cuidar de un menor a la vez que consigue tener una fuente de ingresos que le proporcione una mínima estabilidad. Por ello, las vidas de ambas mujeres se ven caracterizadas por la precariedad, factor que también las ayuda a afianzar un lazo de sororidad entre ambas, ya que empatizan con las condiciones laborales



de la otra.

Asimismo, la relevancia que se le da a la voz del niño, que expresa constantemente sus dudas respecto al parentesco que ambas mujeres guardan con él, posibilita una situación donde el menor no es entendido como una posesión de la madre biológica o de la madre adoptiva, sino como una persona con sus propios deseos. Por lo tanto, la presencia del niño en la novela no se limita a la relación que mantiene con sus madres, sino a la formación de su propio carácter, ya que los lectores asisten a una manifestación explícita de la infancia como etapa de configuración identitaria. A través de estas características, se puede comprobar que *Esta herida llena de peces* propone unos lazos familiares disidentes del imaginario tradicional, donde dos figuras maternas, que no mantienen una relación afectiva, priorizan el cuidado del menor. Sin embargo, este proyecto en común no consigue realizarse debido a que los personajes son víctimas de un atentado, dejando cualquier ideal sepultado bajo el peso de la violencia.

BIBLIOGRAFÍA

- BOGINO LARRAMBEHERE, Mercedes (2016). "No-maternidades: entre la distancia y la reciprocidad en las relaciones de parentesco". *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 21 (2), pp. 60-76.
- BOGINO LARRAMBEHERE, Mercedes (2020). "Maternidades en tensión: entre la maternidad hegemónica, otras maternidades y no-maternidades". *Investigaciones Feministas*, 11 (1), pp. 9-20.
- CAMPS, Victoria (2021). *Tiempo de cuidados. Otra forma de estar en el mundo*. Barcelona: Arpa.
- CIXOUS, Hélène y CLÉMET, Catherine (1986). *The Newly Born Woman*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- CMH. (2013) *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá, Imprenta Nacional. Disponible en <https://www.centrodehistoriainformacion.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-yacolombiamemoriasdeguerraydignidad2016.pdf> [Fecha de consulta: 20/06/2022]
- DONATH, Orna (2016). *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Barcelona: Reservoir Books.



- ESCOBAR, Ricardo Azael (2017). "El reconocimiento de las nuevas formas de familia en Colombia y su construcción jurídico-social". *Diálogos de saberes: investigaciones y ciencias sociales*, (46), pp. 143-159.
- GESTEIRA, Soledad (2015). "Secretos, mentiras y estigmas. La búsqueda del origen biológico como un tránsito del como si al cómo fue". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (21), pp. 165-184.
- GONZÁLEZ ECHEVERRY, Ángela (2023). "Pacífico agravio y ellas: Esta herida llena de peces de Lorena Salazar Masso". *Anclajes*, Vol. XXVII, (2), pp. 35-55.
- HERNÁNDEZ, Juan Miguel (2021). "Lorena Salazar: "La herida de la violencia en Colombia sigue abierta y este país no deja que cicatrice". *El País*. 29/07/2021. Disponible en <<https://elpais.com/internacional/2021-07-29/lorena-salazar-la-herida-de-la-violencia-en-colombia-sigue-abierta-y-este-pais-no-deja-que-cicatrice.html>> [Fecha de consulta: 20/06/2022]
- HORNEY, Karen (1982). *Psicología femenina*. Madrid, Alianza.
- HURTADO, Melissa Monserrat. (2022). "La maternidad disidente en La gigante: la 'mala madre' filicida". *Sincronía*, (81), pp. 280-289.
- KRISTEVA, Julia (1986). *The Kristeva Reader*. Nueva York: Columbia University Press.
- KRISTEVA, Julia (1988). *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis F. Céline*. Buenos Aires: Catálogos.
- LACAN, Jacques (2009). *El Seminario V, Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- MERUANE, Lina (2021). *Contra los hijos*. Barcelona: Literatura Random House.
- MOREIRA, Alba, FORERO, Marcela y PARADA, Ana María (2015). *Dossier proceso de paz en Colombia*. CIDOB. Disponible en <https://www.cidob.org/publicaciones/documentacion/dossiers/dossier_proceso_de_paz_en_colombia/dossier_proceso_de_paz_en_colombia> [Fecha de consulta: 20/06/2022]
- NAVARRETE, Sandra (2023). "Cartografías de la crisis en Una herida llena de peces de Lorena Salazar". *Theory Now. Journal of Literature, Critique, and Thought*, 6(2), pp. 81-102.
- OCHOA, Astrid (2023). "Todas íbamos a ser madres: raza, maternidad y violencia en la narrativa de tres escritoras colombianas del siglo XXI". *Revista Iberoamericana*, 89 (282-283), pp. 195-210.
- PALOMAR VERA, Cristina (2004). "'Malas madres': la construcción social de la maternidad" *Debate Feminista*, (30), pp. 12- 34.
- PARKINSON, Lisa (2005). *Mediación Familiar. Teoría y Práctica: principios y estrategias operativas*. Barcelona: Gedisa.
- RICH, Adrienne (2019). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Traficantes de sueños.
- ROSAS, Mario, GALLARDO, Iris, y ANGULO, Pamela (2000). "Factores que influyen en el apego y la adaptación de los niños adoptados". *Revista de*



- Psicología*, 9(1), pp. 145-159.
- SALAZAR, Lorena (2021). *Esta herida llena de peces*. Madrid: Tránsito.
- SANCHA, Magdalena (2016). “De maternidad a maternaje. Maternajes, feminismos y paces”. *Fòrum de Recerca*, 21, pp. 55-69.
- SEISDEDOS, Susana y CANO, María del Carmen (2012). “Nuevas formas de familia, viejas políticas familiares. Más familias monomarentales” *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 33, 1-17.
- SINGER, Leslie, BRODZINSKY, David, RAMSAY, Douglas, STEIR, Mary y WATERS, Everett (1985). “Mother-infant attachment in adoptive families”. *Child development*, pp. 1543-1551.
- SUÁREZ BEDOYA, Luisa Fernanda, et al. (2016). “Apego en Niños Adoptados”. *Revista Electrónica Psyconex*, 8 (13), pp. 1-8.